



Melusina encantada

(Traducción de Felipe Alderrama)

I

«Tan dulcemente embriagaba con las miradas; respandecía de blancura tan divina, que desterraron de su ciudad a la bella Melusina, por culpa de sus ojos color de alga marina, de las luces rosadas de su seno y de los bellos cabellos de oro ardiente desatados sobre sus espaldas.

Lejos de las ciudades ceñidas de muros, vagó largo tiempo por las selvas la bella Melusina, llena de llanto y de temor; su traje de brocado se desgarró entre los setos y sus pies desnudos se desangraban entre las hierbas finas donde pacían las bestias montaraces.

Y así llegó al país de las hadas, en las landas de oro donde verdea el avellano, y sus ojos azules vieron cómo los lobos la seguían y cómo las errantes nubes, la luna y hasta los mochuelos, se detenían en el espacio cuando ella hacía un alto entre los campos.»

Raymondin de Lusignan se despertó. El bosquecillo de fresnos, en el cual se había dormido, lloraba dulcemente bajo la lluvia, y en el horizonte anegado en la bruma, las landas de retamas se extendían hasta perderse de vista. La voz que cantaba se había callado y tan lejos como podía pasearse su mirada, reinaban la soledad y el silencio.

¿Cuántas horas durmió así en ese bosquecillo salvaje, y qué era de su séquito? Grandemente se turbó y, sentado sobre el césped, se tocaba cuidadosamente los brazos y las costillas, las sienes húmedas de sudor, inconscientemente feliz por la fina lluvia.

El recuerdo de la canción soñada le perseguía; sus dedos encontraron el cuerno de marfil colgado de su cintura; ahora recordaba que atravesó la landa a pleno sol meridano. Un extraño sopor, un invencible decaimiento se apoderaron de él entonces y había cedido al sueño, para encontrarse después de siete horas ante el crepúsculo, la frente azotada por la lluvia y el corazón obseso de un nombre nunca antes oído. ¡Melusina! ¡Melusina!—Nombre tan dulce que parecía acariciarle los labios como labios de mujer y embriagarle el pensamiento como un filtro. Empero, estaba solo; ¡nadie sino él en las diez leguas de brezos y de retamas que huían, grises de lluvia, hacia las colinas que limitaban el horizonte! Y la canción vibraba aún en sus oídos.

En ese instante, con brusco temblor de alas, una corneja se levantó sobre la cabeza de Lusignan y éste recordó entonces que, a la hora en que penetró al bosque, encontró una anciana andrajosa y arrugada recogiendo ramas secas al pie de los fresnos.

¡Una vieja al mediodía y una corneja en el crepúsculo!

Lusignan, gran cazador de lobos y terror de jabalíes, apenas si sabía recitar en latín un *Ave* y un *Pater* y empezó a rezarlos, sospechando en ese largo sueño un lazo de las hadas.

¿Las leyendas no las muestran danzando, en la noche, en el aire violentamente fragante, en las landas de retamas, como en la bruma de luz de luna que flota sobre las lagunas?

El conde se persignó devotamente tres veces y luego se levantó, sacudió las gotas de agua que perlaban su manto de púrpura y orientándose al fulgor del poniente, marchó derecho ante sí hacia su torreón señorial.

II

«Las hadas, celosas, la transformaron en serpiente; su imperiosa belleza, que era el encanto de los pájaros errantes del cielo y de las bestias que vagan en los bosques ahora llena de espanto.»

«Transformada en hidra monstruosa, dormita durante los largo días al sol, replegada sobre sí misma entre la hierba roja de las landas; en las noches rampa tristemente entre los pedriscos de los desecados torrentes argentados por la luna y sus siniestros silbidos llenan los ecos de barrancos en barrancos.

«¿Dónde? Muy lejos y muy cerca, aquí y allá, en el país de las hadas que velan invisibles sobre sus prisioneros, en las landas de oro donde verdean los avellanos y que habéis atravesado cien veces sin sospechar que las malignas damas reían en la espesura, sentadas en círculo en vuestro alrededor.

«En el país de las hadas, donde la hidra encantada espera hace cien años al caballero valeroso que, asiéndole con sus manos la cabeza, ose besar sus labios viscosos donde la muerte se oculta.

«Las hadas celosas la han cambiado en serpiente; su imperiosa belleza, que era el encanto de pájaros y fieras, hoy es el espanto de la soledad.

«Sólo los labios de un hombre romperán el encanto; pero el héroe prometido, la hidra en vano lo espera todavía. ¿Cuándo, en los brezos aletargados por el calor, se alzarán sobre su cola la serpiente, asida la cabeza por su libertador? ¿Cuándo la virgen libertada surgirá desnuda, como una perla blanca y como la espuma, de la piel escamosa y susurrante del monstruo?

«El encanto está en la belleza que dormita, cautiva de la piel horrenda de la hidra; la libertad está en el beso del héroe de alma templada, que no tema beber el veneno ni afrontar la muerte.

«Para ése, el poder y numeroso linaje; para ése, la fortuna y el renombre: fundará casa heroica y principesca.»

La voz se apagó como ahogada en el espesor del muro. Raymondin que dormía, los brazos cruzados sobre el pecho, en el gran lecho de roble blasonado con sus armas, se incorporó. Esa voz de sueño no había pronunciado nombre alguno, y sin embargo, le daba una convicción de que su canción hablaba de Melusina y siempre de Melusina. Prestaba atento oído, creyendo oír voces ledas en la ventana; se levantaba y corría con los pies desnudos sobre las losas hasta el alto y estrecho vitral que daba sobre el campo: fuera, el alba se despertaba apenas, un alba lívida y fría del final de octubre; un sudario de bruma flotaba sobre el valle, semejando ahora un mar de húmedos vapores; aquí y allá emergía una que otra colina entre las sombras.

Lusignan, el busto inclinado sobre el espacio, apercibió, de pies, al pie mismo del torreón señorial, uno como mendigo, de barba y de cabellera trenzados a la usanza de los bohemios.

Aros de cobre en las orejas, y, envuelto en un manto de tela a largas rayas, apoyaba sus manos sobre un bastón y, la mirada fulgurante bajo el matorral de sus cejas, murmuraba, la boca llena de palabras confusas, y parecía, con sus gestos, parlamentar con soldados que Lusignan no podía ver, pero que suponía estaban de guardia en la poterna.

Lusignan llamó y ordenó que condujeran ante él al anciano; su escudero regresó cariacontecido poco rato después. No había nadie al pie de la torre; Monseñor debió ser presa de alguna ilusión; el centinela de guardia en la poterna, lanza al puño, a nadie había visto desde la víspera.

Despechado, Raymondin volvió a la ventana; el equívoco mendigo de barba trenzada ya no estaba allí: visión del amanecer, se había desvanecido con la bruma.

Entonces el caballero cayó en profunda melancolía.

A partir de ese día todo lo que antes le interesó cesó de repente de ocupar sus horas: manejo de las armas, tiro de ballesta, justas de lanzas, cazas con el halcón al puño al través de la llanura, batidas de los ciervos y de los jabaliés en las selvas profundas.

Durante el día vagaba, sombrío, sin ánimo, a través de los campos, indiferente al paso de su corcel, dejándolo ir a su capricho al través de los sembrados como de las malezas, más semejante a un fantasma que a un buen caballero. En las noches regresaba fatigado y se sentaba sin despegar los labios a la mesa señoral, donde ni siquiera escuchaba el *benedicite* del capellán; el domingo apenas si entraba a la iglesia. Ya no sabía arrodillarse ni sentarse y sus familiares quedaban absortos con su brusco cambio. Se adelgazó, su color se tornó lívido y dejó crecer su cabellera y su barba; sobresaltado se levantaba con frecuencia para caminar a lo largo de los muros, bajo el viento y la lluvia; diríase que escuchaba voces y los centinelas temían su paso cerca de ellos. En el país se afirmaba que los bohemios lo habían hechizado.

Un año después, en un asfixiante día de agosto, cuando al crepúsculo regresaba de una de sus lejanas correrías sin objeto, en las cuales consumía su vida, su caballo se sobresaltó; el caballero se alzó sobre su silla y escrutó en derredor. Ante él, a pocos pasos, vió en el vasto llano, tres mujeres, o me-

Por dicho, tres formas de mujer, que parecían danzar en torno de una gran hoguera. Eran de aspecto decrepito; cubiertas de andrajos, singularmente luminosos, sacudían frenéticamente largos brazos oseos sobre la llama, dando salvajes garcajadas, menos escuchadas que adivinadas en las contorsiones de sus cuerpos; y así voltigeaban las tres entre el humo y la llama, transparentes, más claras que la atmósfera de ese claro día de estío, de color de ámbar.

Ellas pronunciaron tres veces su nombre y luego se desvanecieron en el aire. Lusignan pensó entonces en la viejecita del robleal y en el mendigo bohemio entrevisto al amanecer en la poterna del castillo.

Pero... ¿quién era la tercera de esas viejas? Le causaba espanto no reconocerla, ni tampoco la región a donde le había conducido su cabalgadura; desconocía por completo esos accidentes del terreno, esos árboles frágiles casi a flor del suelo y esa cadena de montañas que cerraba el horizonte, y una gran tristeza se apoderó de él en esa soledad. Ya no estaba en la inmensa llanura que hace tiempo recorrió: ante él se dilataba una landa inculta, florecida de enanas plantas, de flores malvas y erizada de cardos; flores y espinas que tiritaban tristemente bajo un cielo rojo y verde: verde de llaga y rojo de color de sangre.

Impulsó su montura; pero ésta se rebeló contra el acicate. Lusignan se inclinó para darse cuenta del obstáculo: a sus pies estaba la serpiente.

De un verde recamado de oro, que bajo el vientre se cambiaba en azul metálico, la hidra dormitaba arrollada sobre sí misma, en un nidal hecho de hojas secas; su cabeza, triangular y fabulosamente pequeña, se abría y mostraba en las negras fauces una triple fila de agudos dientes; de su cuello pendían seis gruesos collares de pedrerías para indicar que era de linaje real. Su cabeza descansaba sobre un gran lis de púrpura. Lusignan echó pie a tierra; ató su caballo a un ciprés; se aproximó a paso de lobo a la bestia y apoderándose bruscamente de la cabeza, con todas las fuerzas de sus brazos, la alzó hasta sus labios, y, a pesar de su repulsión, aplicó su boca a las fauces del monstruo.

Despertada bruscamente, la hidra, con agudos silbidos, se enroscó furiosamente en el cuerpo del caballero, para romperlo íntegro bajo el peso de

sus anillos; con su cola inmovilizó sus piernas y a su vientre unió el frío contacto de sus escamas.

Entre aquel horrendo enlace y bajo la lengua dardeante de la hidra, el caballero desfallecía; pero, no obstante, bebía a plenos labios la baba y el veneno; y así lo hizo tres veces seguidas.

Entonces, al través de la soledad, las flores malvas se dispersaron deshojadas y las espinas tuvieron metálicos fulgores. Con prolongado grito la virgen libertada surgió desnuda de su envoltura horrible, y enlazó con sus brazos el cuello de su vencedor. Después, bajó sus ojos, grandes ojos color de sombra, y su cuerpo se empurpuró desde la raíz de sus uñas hasta la fresca eglantina de sus senos. Melusina se avergonzó al mirarse sin velos.

Lusignan echó su manto de guerrero sobre la radiosa desnudez de la virgen y besando sus labios en flor, la sentó en la grupa de su palafrén. El caballo partió a todo galope y, vibrante de deseo, el corazón inundado de alegría, el valiente condé condujo a su presa, llena de rubores, al través de los brezos rosados y del paisaje familiar.

En la espesura la voz de las hadas cantaba: «¡A Lusignan poder, fortuna y fama! ¡A Lusignan numeroso linaje! A Lusignan guerrera y real casa!»

El sol desaparecía del horizonte y uno de sus postreros rayos oblicuos, como un punto de oro, encendía una llama en la ardiente cabellera de Melusina, que iba con su conquistador a fundar la raza de los Lusignan, reyes de Jerusalén y de Chipre.

JEAN LORRAIN,



A una violeta

(Frosa de Rafaela Turcio)

¡Oh bella flor azul! Si en tu fragante
corola un mundo guardas de ternura
y eres trasunto fiel de poesía,
¿por qué pálida estás y casi mustia?
¿Por qué, como abatida, sobre el suelo
la faz inclinas y ocultar procuras
entre las verdes hojas que te cercan
tu exquisita fragancia y tu dulzura?
¡Oh tú, mi bella flor! ¡Grato recuerdo
de inefable ventura, ya perdida!
Tu suave y melancólica pureza,
tu modestia adorable y peregrina,
tu hermosura ideal y tu perfume
delicado y sutil, en mi alma infiltran
romántica y dulcísima tristeza. . . .
¿Tú no sabes por qué, violeta mía?
¡Oh bella flor azul! ¡Casta y amable
mensajera querida! ELLA, sin duda,
debe amarte también, como yo te amo,
porque siendo como es de alma tan pura,
modesta y sensitiva, es imposible
que no admire conmigo, absorta y muda,
tu belleza gentil, tu azul corola
y tu fragancia incomparable y única.
Y pues que tú, otras veces le has llevado,
con el afecto santo que me inspira,
todas las efusiones que encerrarse
puedan en el papel ¡oh flor querida,
tan bella y triste al par! llévale ahora,
llévale en el aliento que respiras,
de esta alma que la quiere los recuerdos.
¿No es cierto que lo harás, violeta mía?

J. ANTONIO DOMÍNGUEZ.



Poder del pensamiento

Una nación sólo vive porque piensa. *Cogitat, ergo est.* La Fuerza y la Riqueza no bastan para probar que una nación vive una vida que merezca ser glorificada en la historia, como los recios músculos del cuerpo y el oro que llena una bolsa, no bastan para que un hombre honre en sí a la humanidad. Un reino de Africa con guerreros innúmeros en sus campamentos e innúmeros diamantes en sus colinas, será siempre una tierra bravia y muerta que, para lucro de la Civilización, los civilizados huellan y dividen tan tranquilamente como se sangra y se despedaza la res para alimentar al animal pensante. Y, por otra parte, si el Egipto o Túnez, formasen resplandecientes cetros de Ciencias, de Literaturas y de Artes y, a través de una serena legión de hombres geniales, educasen incesantemente al mundo, ninguna nación ni aún en esta edad de hierro y de fuerza, osaría ocupar, como un campo infecundo y sin dueño, esos suelos angostos donde se elevase, para hacer mejores las almas, el enjambre sublime de las Ideas y de las Formas.

Sólo, en verdad, el pensamiento y su creación suprema, la Ciencia, la Literatura, las Artes, dan grandeza a los pueblos, atrayendo hacia ellos universal reverencia y cariño; y, formando en su seno el tesoro de verdades y de bellezas que el mundo necesita, los hacen sacrosantos ante el mundo. ¿Qué diferencia hay realmente entre París y Chicago? Son dos palpitantes y productivas ciudades, en las que los palacios, las instituciones, los parques, las riquezas se equiparan soberbiamente. ¿Por qué, pues, forma París un foco crepitante de Civilización, que irresistiblemente fascina a la humanidad, y por qué Chicago tiene apenas sobre la tierra el valor de un rudo y formidable granero, a donde sólo se va a buscar grano y harina? Porque París, además de los palacios, de las instituciones y de las riquezas de que Chicago también justamente se gloria, posee un grupo especial de hombres, Pasteur, Taine, Berthelot, Copée, Bonnat, Falguières, Gounod, Massenet, que por la incesante producción de su cerebro, convierten la trivial ciudad que habitan en un centro soberano de enseñanza. Si los *Orígenes del Cristianismo*, *El Fausto*, los cuadros de Bonnat, los mármoles de Falguières nos viniesen de más allá de los mares,

de la nueva y monumental Chicago, hacia Chicago y no hacia a París se volverían, como las plantas hacia el sol, los espíritus y corazones de la tierra.

Si una nación, por tanto, sólo tiene superioridad porque tiene pensamiento, todo aquel que venga a revelar en nuestra patria un nuevo hombre de original pensar, concurre patrióticamente a aumentar la única grandeza que la hará respetada, la única belleza que la hará amada; es como el que a sus templos añadiese un sagrario más o sobre sus murallas levantase un nuevo castillo.

EJA DE QUEIROZ.



LÍNEAS

Los libros más claros, más demostrables no suelen, frecuentemente, resultar los libros mejores. Hay una especie de innominado crepúsculo formando el supremo encanto, la sutil sabiduría, el misterio, el celeste peligro infundido por los fuertes y los sencillos. Diríase el vaho que sube de las extrañas aguas subterráneas sondeadas por el escritor o el poeta, la atmósfera de una vida ignota, la muselina o gasa inasibles con que aparecen semivelados los entrevistados y fugitivos cuerpos de la belleza y la verdad. Santo hermetismo, remota luz de ensueño, penumbra lunar, alegría y pavor posibles acentuándose a medida que el ojo se torna más y más sabio. Excelente hermetismo, llave de las altas obras defendiéndolas del parecer común y del zarpazo de la crítica gruesa. Precioso hermetismo pregonando la insuficiencia de la palabra, la locura de lo concreto, lo inaccesible del ideal. De ello nos dan testimonio, entre otros, el nunca bien ponderado Emerson, cándido y casto, ave de esperanza que llevaba el alba prendida a las alas; Carlyle, religioso y grave ante los hombres-leyes, vivos y heroicos clarines de la divinidad; Maeterlinck, meditabundo señor incautado de las vertiginosas profundidades del Destino, navegante solitario en el mar de almas . . .

ANDRÉS TERZAGA.

La espada de mi abuelo

Por el orín estaba enrojecida
y si la hoja vibrante era de acero
era de fina plata el cazolero
que paraba en los quites la embestida.

Era un arma de alcurnia no mentida,
y si el golpe, en zig-zag, era certero,
era muerto, pardiez, el caballero,
y un torrente de sangre era la herida.

En su puño redondo descansaba
la mano de mi abuelo, que mostraba
en el índice trémulo un granate:

¡Esa mano potente y justiciera
que colérica entraba, la primera,
con un haz de centellas al combate!

RODRIGO GAMIO.



Serenamente

¡Idealizar! . . . ¡Pasar sobre las cosas
libando la ilusión! Almas hermanas
hay en ellas. Oigamos las lejanas
voces de afinidades misteriosas.

Flotar en los efluvios de las rosas,
ser queja en el llorar de las campanas,
ser átomo de luz en las arcanas
y errátiles estrellas temblorosas.

¡Soñar! Quintaesenciar toda hermosura,
alzando hacia el misterio de la altura
el arco majestuoso de la frente,

y pasar pensativo, solo, austero,
sobre la gris tristeza del sendero,
serenamente, silenciosamente

FERNANDO DE FUENTES.

—Yo soy el Tritón, el viejo Tritón de la historia olímpica. Conocí a Neptuno, al padre Neptuno, y ví nacer a Venus de entre la cándida espuma. Surgió llena de belleza, de magestad y de amor. Yo estaba tras una roca espionando aquella prodigiosa desnudez, bañada por los fulgores de la aurora. Después, tras la muerte de Júpiter me atreví a salvar las columnas de Hércules y heme aquí a merced de este viejo loco del océano, que se tambalea como si se hubiera bebido mil ánforas de Chipre. Gústame el soplo de la tempestad, y voy dando saltos monstruosos sobre las ondas irritadas, lanzando al viento, mi viejo amigo, las ásperas notas de mi canto.

--Yo soy la Sirena, la bella y aleve Sirena. Díome la mujer la armonía de su espléndido torso y el pez su cola de escamas brillantes y fulgores extraños. Canto a la luz perlada de la luna, bajo la tibia superficie del mar en calma, o en el escollo, donde hago estrellarse los débiles e- quifes y las enormes naves. Mis ojos son de un purísimo azul marino, y sólo los náufragos han visto el ensueño de mi seno y mis armoniosas caderas, llenas de una voluptuosidad infinita, desconocida para el hombre.

Y en ésto el viento, batiendo las alas con más furia, apagó aquellas extrañas voces, en tanto que el vapor seguía rompiendo las aguas con su traqueteo sordo y monótono.

JUAN RAMÓN MOLINA.



Tú, cuya varonil ternura

(Traducción de Juan María Cuéllar)

Tú, cuya varonil ternura me sostiene, ¡oh dulce compañero de mis días de goces y de tristezas!, vengo a pedirte perdón.

Amigo mío: las mujeres somos frívolas y hablamos sin saber por qué. . . . ¡Perdón por todas las palabras que no fueron para tí!

Las mujeres ¡pobres insensatas! tienen siempre su espíritu inquieto. . . . ¡Perdón por todos los pensamientos que no fueron para tí!

Las mujeres debían haber nacido sólo para amar en la tierra. . . . ¡Perdón por todos los años en que no te conocí!

ROSEMONDE GÉRARD.

Lucrecia dormida

(Traducción del Marqués de Dos Hermanas)

Una de sus manos de lirio sostiene su faz de rosa, hurtando legítimo beso a la almohada, que, irritada, parece dividirse en dos y elevarse en ambos lados para alcanzar su ventura. Entre estas dos cimas yace enterrado el rostro de Lucrecia, apareciendo allí como un santo monumento, ofrecido a la admiración de los ojos impuros y profanos

Su otra mano encantadora, fuera del lecho, sobre la verde cobertura; semejaba por su blanca transparencia una margarita de abril sobre el césped, recordando su aperlada humedad el rocío de la tarde. Sus ojos, lo mismo que caléndulas, habían cerrado su brillante cáliz y reposaban dulcemente bajo un dosel de tinieblas, hasta que pudieran brirse para embellecer el día.

Sus cabellos, puros hilos de oro, jugaban con su aliento. ¡Oh castos voluptuosos! ¡Voluptuosidad modesta! Hálito y cabellos parodiaban el triunfo de la vida en el dominio de la muerte, y los sombríos colores de la muerte en el eclipse de la vida. Una y otra armonizaban de tal modo en el sueño de Lucrecia, que lejos de parecer contrarias, se hubiera dicho que la vida vivía en la muerte, y la muerte en la vida.

Sus senos, globos de marfil, circuidos de azul, eran como dos mundos vírgenes, conquista de un solo dueño, sin otro yugo que el de su señor, al que honraban con su más leal fidelidad.

WILLIAM SHAKESPEARE.



Ante una espada

¿Por qué su acero recuerda las pupilas de una mujer?

Como en la espada, la traición vive tras la cortina de las pestañas. Si a mansalva su mortal punta atravesó el pecho de un cruzado, ¡cuántos ojos color de acero han deshecho corazones de creyentes!

Flexible como el talle de una mujer coqueta, limpia, vive en la panoplia del coleccionista y sobre su hoja cabalísticos signos evocan pueblos extraños.

Es oriental, quizá persa. Su pomo, de misteriosas piedras zodiacales, contiene un enigma y, en su recia guarnición se adhiere el estrecho cuerpo de una serpiente. Fatal símbolo.

La odio cuando la veo inerte en el regazo del viejo escudo. No vibraría airada para defender una santa causa; no velaría por la virginidad de una hija, ni por el honor de una esposa; no se ceñiría á la cintura de un visionario príncipe conquistador, ni su pomo de astrales destellos sería acariciado por la mano noble de un bravo Capitán, sino diabólica y pérfida centellería en el brazo nervudo de un asesino, pronta á hundirse en el pecho indefenso o en la espalda descuidada.

Y allí, en la panoplia severa, su frío y azulado acero duerme con la ironía odiosa de una mujer infiel.

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.



Mano pequeña y blanca

Mano pequeña y blanca, mano de terciopelo, que impregna de un extraño perfume tentador; mano pequeña y blanca, como el blanco capullo de lirio no entreabierto—que cinceló el orgullo para que, lentamente, me ahogara de dolor . . .

Mano pequeña y blanca, mano indolente y fina, que luce una labrada turquesa peregrina—la joya predilecta del hada Pompadour.
Mano que con el roce de su caricia inquieta evoca un vago aroma distante de violeta y el vuelo de dos cisnes sobre un lago de azul . . .

Mano pequeña y blanca, con palidez de cirio, que gusta de los hondos temblores del martirio: tus uñas sonrosadas clava en mi corazón.
¡Como un arbusto frágil, como un arbusto en flores, arranca de mi vida los últimos amores, las últimas raíces de mi última ilusión!

LEOPOLDO DÍAZ.

¡Qué bien están los muertos!

¡Qué bien están los muertos!
Ya sin calor ni frío,
ya sin tedio ni hastío.

Por la tierra cubiertos,
en su caja extendidos,
blandamente dormidos

Qué bien están los muertos,
con las manos cruzadas,
con las bocas cerradas,

con los ojos abiertos
para ver el arcano
que yo persigo en vano.

¡Qué bien estás, mi amor!
Ya por siempre exceptuada
de la vejez odiada,

del verdugo dolor
¡Inmortalmente joven,
dejando que te troven

su trova cotidiana
los pájaros poetas
que moran en las quietas

tumbas en la mañana,
donde la muerte anida,
saludando a la vida.

¿MADO NERVO.



El vidente y las joyas

Lejos, allá abajo, el Jumna se desliza ligero y transparente; arriba frunce el ceño la combada ribera.

Las colinas, negras de árboles, deslavadas por los torrentes, se agrupan al derredor.

Govinda, el gran maestro de Sikh, está sentado sobre una roca, leyendo las Escrituras.

Raghunath, su discípulo, orgulloso de sus riquezas, se acerca a él, lo saluda reverente y dice:

—Te traigo un humilde presente, indigno de tí.
Y al decir esto, muestra un par de ajorcas de oro, recamadas de piedras preciosas.

El maestro tomó una de ellas y la hizo girar rápidamente en uno de sus dedos. Los diamantes lanzaban reflejos deslumbrantes.

De pronto la ajorca se desprendió de su mano y fué rodando por la orilla, hasta caer en el agua.

—¡Ay!—gritó Raghunath.

Y de un salto se arrojó a la corriente. El maestro reanudó su lectura, y el agua, entretanto, retuvo y escondió lo que habla robado y siguió su camino.

Ya el día llegaba a su fin cuando Raghunath retornó ante el maestro, fatigado y chorreando agua.

—Si me dices donde cayó, tiempo es, todavía de recuperarla—exclamó jadeante.

El maestro tomó la otra ajorca, y arrojándola al río, dijo:

—¡Allí!

RABINDRADATH TAGORE.



Ezequiel,

hui vidit conspectum glorie.

La mano de Jehová se posó sobre mí y me transportó a una llanura cubierta de osamentas.

—Hijo del hombre,—preguntóme Jehová,—¿revivirán estos restos desecados?

—Señor, Vos lo sabéis.

—Dirígeles la palabra. Diles:—Aridos huesos, escuchad la orden de Jehová. He aquí lo que el Eterno ha dicho:—Mi soplo va a penetraros y viviréis. Extenderé como una red de nervios sobre vosotros; haré que crezcan las carnes; inspiraré el espíritu de vida y resucitaréis.

Abrí los labios y repetí la orden.

A mi voz, los huesos empezaron a chocar unos con otros. Juntáronse entre sí; cubriéronse de su red de nervios; apareció la piel; apareció la carne nueva. Pero no tenían aun el Espíritu de la Vida, y Jehová me dijo:

—Hijo del hombre: habla al Espíritu. Dile: He aquí la palabra del Señor Adonai: ¡ESPÍRITU, ACUDE DE LOS CUATRO VIENTOS DEL CIELO; SOPLA SOBRE ESTOS MUERTOS Y REVIVAN!!

Mi voz repitió la orden, y el Espíritu de Vida penetró en los cadáveres; resucitaron, y levantándose sobre sus pies, aparecieron ante mí como ejército innumerable.

(EZEQUIEL XXXVII, 3—10)

El tambor mayor

El tambor mayor. ¡Cuán decaído! En los tiempos del imperio, florecía, iba boyante, feliz.

Blandía su gran bastón con ademán sonriente; los galones de plata de su uniforme brillaban a los rayos del sol.

Cuando al redoble del tambor entraba en las aldeas y en las ciudades, el corazón de las mujeres y de las mozas latía como haciendo eco al tambor.

Venía, veía y vencía por doquiera, como su amo, el nuevo César: sus negros mostachos estaban bañados en lágrimas de las rubias bellezas de Alemania.

¡Fuerza nos fué aguantarle! En cada uno de los países que los conquistadores extranjeros invadían, el emperador subyugaba a los hombres, el tambor mayor a las mujeres.

Largo tiempo soportamos tamaña carga con la paciencia de nuestros redobles alemanes, hasta el día en que nuestros legítimos señores nos dieron permiso para libertarnos.

Entonces, como el fogoso toro en la arena del combate, nos hemos erguido, hemos alzado los cuernos, y al són de los cantos de Teodoro Koerner hemos sacudido el yugo francés.

Versos terribles, que resonaron de un modo extraño en los oídos de los tiranos extranjeros. El emperador Napoleón cayó en manos de los ingleses.

En el peñasco de Santa Elena le martirizaron de un modo odioso. Murió a la postre de un cáncer en el estómago tras luengos sufrimientos.

También fué destituido el tambor mayor. Para no morir de hambre, ha sentado plaza de barrendero de nuestra fonda.

Enciende la estufa y barre la casa, lleva la leña y el agua. Veréisle como sube, jadeando, las escaleras, con su cabeza gris que le tiembla.

Siempre que viene a visitarme mi amigo Fritz, se da el placer de chancearse y atormentar a aquella grande humanidad temblona.

¡Déjate de burlas, Fritz! Los hijos de Germania no deben abrumar con necias bufonadas a las grandezas caídas.

Creo, al contrario, que debes tratar con respeto a esas gentes. ¡Quién sabe si este viejo tambor mayor es tu padre por línea materna!

ENRIQUE HEINE.

Gris de Otoño

Para ESFINGE.

De aquel recuerdo perfumado vive
tan solo un fugaz matiz desvanecido
Hacia el sereno azul tiendo los ojos suplicantes
mientras interroga el fugitivo anhelo de mi alma:
¿En dónde estás, perfil borroso de olvidada estampa?

La suave luz de un sol descolorido
vestía los cuerpos de una existencia ambigua . . .
Le daba el negro traje aspecto funeral
que hacía más blanca su astral blancura
de lirio puesto en obsidiana antigua.

Cansados ojos que se encuentran
Yo me sentí vivir en ella
y ella comprendió que la estaba viviendo
Después . . . la flor de una sonrisa
como en el sereno azul la compasiva estrella . . .

De aquel recorte de aurora de la vida
visto a través de la brumosa noche de mi alma
vive el apagado matiz de un sueño entretejido:
su trémulo paso, los ojos como en éxtasis,
el rizo negro sobre la blanca frente.

TIBERIO HORMECHEA.



Ñiña trigueña

Sólo por el encanto floral de la montaña
concederá la alondra la gracia de su bis;
y en el panal de la égloga, -que ya el rosicler baña, -
se exprime la mañana de miel de mi país.

Y esto es lo que repite la letanía extraña:
*Nació en el alabastro como la flor de lis,
y si tiene los bucles dorados con champaña,
sus ojos son azules como de emperatriz.*

Al verla se humedecen de llanto los violines;
sus mejillas recuerdan las de los serafines
y su dulzura aclara todo silencio gris.

Y por lo pensativa, lo trigueña y lo extraña,
su alcázar es la espuma de un vaso de champaña
y su reino es de seda, como la flor de lis.

RAFAEL HELIODORO VALLE.

Cabelleras de mujer

La de Krisís

... Esta cabellera era luminosa y profunda, suave como una piel más larga que un ala, tersa, inefable, animada, llena de calor. No eran precisamente los cabellos lisos de las sirias de la Corte, ni los castaños de las hijas de Egipto; eran los de la raza ariena, de las galileas de más allá del desierto. . . . En el rayo horizontal de la tarde, la cabellera aún húmeda, brillaba como una lluvia iluminada por el sol. La esclava la tomó y retorció. La volvió igual a una robusta serpiente de metal, que horadaran como flechas, los rectos alfileres de oro; la enredó una cinta verde, cruzada tres veces, a fin de hacer resaltar sus reflejos por medio de la seda. . . .

PIERRE LOUYS.

La de la hija de Hamílcar

... El palacio se iluminó repentinamente en su más alta terraza: la puerta del centro se abrió y una mujer, la bella hija de Hamílcar, ataviada de negros ropajes, apareció admirable en el umbral. . . . Su cabellera, empolvada de una arena violeta y peinada en forma de torre, según la moda de las vírgenes cananeas, la hacía aparecer más alta. Hilos de perlas adheridos a sus sienes, bajaban hasta la comisura de sus labios, rosados como una granada entreabierta.

GUSTAVO FLAUBERT.



Sumarios de ESFINGE

NUMERO 46

Frases ingenuas, Enrique Helme.—*Un evangelio*, Francisco Coppée.—*Bocacero*, Jesús Urueta.—*La Nereida*,—*Caristos*, Eugenio de Castro.—*Dedicatoria de la vida de Jesús*, Ernesto Renán.—*Genus homo*, Juan Ramón Molina.—*Cántico de las criaturas*, San Francisco de Asís.—*La Muerte enmascarada*, Froylán Turcios.—*El María de la Soledad*, Esquilus.—*Las guacamayas*, Stefan George.—*La casa del piebancro*, Bryant.—*Tú*, Amado Nervo.—*La violeta*,—*La enemiga*, Alma Rubens.—*El amor de los libros*,—*Salir la vida*, Anatole France.—*Despedida*, Rabindranath Tagore.—*Gitanería*, Emilio Carrere.—*Por los cirios griegos*, Henry Bataille.—*La siembra*, Angel Ganivet.—*Salomón y Schopenhauer*, Esa de Queiroz.—*Un árbol viejo*, Miguel Rasch Isla.—*Platón*, R. W. Emerson.—*Nocturno*, Jean Moréas.—*Trabajamos*, Juan María Guyau.—*El palacio de la Ventura*, Antero de Quental.—*El amor de Dante*, Tomás Carlyle.—*Mudzuris*, Pierre Louys.—*Sumarios de ESFINGE*.

NUMERO 47

El desierto, Rabindranath Tagore.—*La tarde se está muriendo*, Juan R. Jiménez.—*In memoriam*, Ismael Enrique Archilegas.—*Una escena del Evangelio*, Jesús Urueta.—*Platos*, Juan María Cuéllar.—*Disputa*, Luis Uhland.—*Elogio de Sócrates*, Platón.—*Martirio*, Flavio Herrera.—*El pescador de almas*, Amado Nervo.—*El arte de traducir*, Enrique Wadsworth Longfellow.—*La fuga imposible*, R. Blanco-Fombona.—*Lucía*, Ricardo Castelar.—*El color de los besos*, Juana de la Vandere.—*Comunicación*, Leopoldo Lugones.—*Ojos de los dos*,—*Tristeza*, Francisco Villaespesa.—*Martina*, César Zumeta.—*Gilgata Rosa*, Fabio Filio.—*Los cichalúas*, Jacinto Verdaguier.—*Sueño de misterio*, Rubén Darío.—*La Piedra del Sabio*, Ramón del Valle-Inclán.—*La mozoquilla*,—*Mercurio*, Rafael López.—*Orfonomía*, Agustín Acosta.—*Quinto momento*, Emilio Arnal.—*Los adioses sepulcrales*,—*Froylán Turcios*,—*Como el Amorino*, Prudencio Iglesias Hermida.—*La pequeña ciudad*, Anatole France.—*El Amor*, Henri de Regnier.—*Platina profunda*, Federico Amiel.

— 250 —